

JUAN PABLO CINELLI

De la casta
de los
depreciados

Página 2



NICOLÁS MAVRAKIS

Fantasmas
íntimos

Página 3



CARLOS ALETTO

La construcción
de un infierno
personal

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 272 | JUEVES 16 DE FEBRERO DE 2017

Por la oscura selva

Hace 80 años se suicidaba
Horacio Quiroga, uno
de los escritores más grandes
de la literatura rioplatense.

La tragedia y la agonía
fueron el núcleo temático
de su obra, y una constante
en su vida.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

El 7 de marzo abre su temporada 2017 el Museo Nacional de Bellas Artes con la exposición "Xul Solar. Panactivista", a 130 años del nacimiento del artista. Curada por Cecilia Rabossi, la muestra recorre la obra de Oscar Agustín Alejandro Schultz Solari (1887-1963), uno de los protagonistas de la vanguardia argentina del siglo XX. La exposición presenta su figura en múltiples dimensiones

—artista, músico, astrólogo y "escritidor"—, y analiza el carácter místico y utópico que atraviesa toda su producción. La muestra reúne más de 160 obras, entre acuarelas, témperas, objetos, máscaras, manuscritos, ilustraciones y documentos personales, pertenecientes al Museo Nacional de Bellas Artes, la Fundación Pan Klub-Museo Xul Solar y colecciones particulares.



De la casta de los depreciados



→ JUAN PABLO CANELI

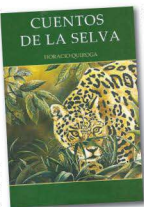
Junto a autores como Roberto Arlt y Osvaldo Soriano, la popularidad de Horacio Quiroga ha sido sometida a la crítica de sus pares y académicos. Sin embargo, como pasa con cualquier clásico, sus textos siguen vigentes.

La lectura de los cuentos de Horacio Quiroga está ligada a las etapas formativas de la mayoría de los argentinos. Varios de ellos son parte del canon literario con que se educa en literatura a los chicos de este país, que no se limita a los espacios de la enseñanza formal, sino que también abarca las lecturas que tienen lugar en los ámbitos familiares. No pocos lectores han descubierto a Quiroga a través de los *Cuentos de la selva* o los de *Anacondá*, que sus propios padres les leían a la hora de irse a la cama. Y es posible que muchos de esos niños hayan encontrado en los otros cuentos de Quiroga, aquellos oscuros y trágicos incluidos en el libro *Cuentos de amor, locura y muerte*, la compañía ideal para ese período gótico en la vida de todo ser humano, que es la adolescencia. Es así como este escritor nacido en el Uruguay, hijo de un diplomático argentino y de una aristócrata oriental, ha llegado a convertirse en el rey del estruendo más popular de la literatura argentina y rioplatense.

Sin embargo, dicha popularidad no se traduce en un consenso entre sus colegas o en el ámbito académico a la hora de elaborar una mirada crítica de su obra, en

especial sus narraciones breves, que representan el grueso de la misma. Quiroga es uno de esos casos extraños a los que algunos no dudan en calificar como un maestro, pero al que otros tantos desprecian por torpe o mal escritor. En ese sentido, Quiroga vendría a formar parte del mismo linaje que Roberto Arlt, más acá en el tiempo, Osvaldo Soriano: la casta de los depreciados. Pero hay algo que conecte literalmente a sus obras? No de manera terminante, aunque puede hablarse de cierta visceralidad intuitiva a la hora de manejar las herramientas del lenguaje y de la prosa, a pesar de que las razones para ello sean distintas en cada caso, igual que los resultados.

Hablando de grietas, entonces, eso es lo que genera la obra de Quiroga: una polaridad que de forma inevitable invita a tomar partido. Dentro de sus detractores se encuentra el dúo dinámico de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, quienes siempre manifestaron desprecio por su obra. Cuenta el escritor chileno Alejandro Zambrano en uno de sus artículos recopilados en el libro *No leer*, titulado "Prosa de diccionario", que Borges afirmaba que el problema de Leopoldo Lugones "era que quería escribir usando todas las palabras del diccionario". Quiroga y Lugones no sólo fueron grandes amigos, sino que el primero era un gran admirador del cordobés, cuya influencia resultó definitiva durante su adolescencia y juventud varios años antes de que por fin se conocieran. Ese "escribir usando todo el diccionario" también forma parte del estilo de Quiroga, aunque de manera mucho más atenuada. La característica puede ser tomada como propia de la estética de una época, en la que escribir significaba más o menos eso para muchos autores: un ejercicio de fetichismo lingüístico. Basta recordar que por



entonces tuvo lugar el auge del modernismo—del que Lugones y Quiroga formaron parte—, que con Rubén Darío como máximo exponente llevó el barroquismo poético a uno de sus puntos más altos.

Pero no hace falta utilizar este tipo de carambolas retóricas para poner a Borges a criticar la prosa de Quiroga. En *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, de Fernando Sorrentino (1972), el entonces director de la Biblioteca Nacional lo expresaba de forma terminante: "el valor de los cuentos de Horacio Quiroga [...] me parece casi nulo. Creo que Quiroga es una suerte de superposición oriental. [...] El estilo me parece deplorable, su imaginación me parece pobre y, además, me sucede [con sus cuentos] que, al leerlos, nunca puedo creer en ellos, y eso es muy grave. [...] Quiroga usa palabras como 'atroz', 'terrible', 'estupendo' quizá, que corresponden al lector, no al autor. Un escritor muy mediocre, capaz de increíbles torpezas".

Al otro lado de la grieta, otros grandes escritores colocan al trabajo de Quiroga como cuentista en un lugar de privilegio. En una entrevista incluida en el volumen *Escritos periodísticos*, Antonio Di Benedetto cuenta que uno de los mejores recuerdos de su infancia es el de leer la revista *Leopón*, en cuyas páginas describió a Dostoiévski, a Quiroga y a Pirandello. Con igual cariño lo recuerda Julio Cortázar. En una carta fechada en Saigón, 17 de septiembre de 1975, le dice a Eduardo Galeano: "Léi 'Cenizas', que me pareció excelente. Pensé, y creo que te gustaría saberlo, en lo mejor de Horacio Quiroga, no por semejanzas visuales sino por una atmósfera, quizá la balza, el río, la mata. Yo lo quiero a Quiroga que me da gusto decirle esto". Años después, en las charlas recogidas en el libro *Clases de Literatura. Berkeley 1980*, Cortázar coloca a Quiroga como uno de los grandes maestros del cuento realista, jun-

to con Anton Chéjov y Guy de Maupassant. Por su parte, César Aira le dedica una de las entradas más extensas de su *Diccionario de autores latinoamericanos*.

Pero tal vez quien ha defendido con mayor empeño la obra de Quiroga sea Abeldardo Castillo, otro cuentista emblemático. "Borges, hacia 1970, se limitó a comentar: 'Quiroga hizo mal lo que Kipling ya había hecho bien'. Bioy Casares no lo juzgó mejor. Sospecho que ninguno de los dos tuvo la cortesía de leerlo con atención", afirma en su libro *Desampliaciones*. Allí traza un paralelo entre las atmósferas sombrías de los cuentos de Quiroga y su finesta historia personal, repleta de tragedias y muertes: la de su padre durante una cacería; el suicidio de su padrastro; el asesinato accidental de su mejor amigo; el suicidio de su joven primera esposa, madre de sus dos hijos; el accidente de tránsito que le mutila la mano izquierda; la enfermedad que lo lleva a decidir su propio suicidio. La muerte rondaba a Quiroga desde su infancia y Castillo cree que sus cuentos pueden ser vistos como crónicas de la convivencia con el fantasma de la pérdida. Y en el libro *Se escribir*, afirma que "no hay casi cuento de Quiroga en el que el protagonista no sea la muerte" y destaca lo que para él es una gran capacidad para la elipsis poética. "Quiroga escribe la palabra 'desierto', y nosotros leemos 'selva'. [...] Dice lógicamente 'ruinas', y nosotros reconstruimos las misiones jesuíticas y volvemos a derribarlas en nuestra imaginación, que por eso resuena ruidosa. La economía verbal de Quiroga, sin embargo, no es sólo una poética, es una óptica. Las cosas aparecen y se manifiestan allí donde no las nombre".

Por fuera de toda discusión está aquel lugar que sus cuentos se han ganado en el imaginario popular: los cuentos de Quiroga como "el almohadón de plumas", "La deriva", "Los mensajeros" o "La gallina degollada" de su parte irremplazable de nuestra cultura. Y, para no equivocar el bulo, alguno de los mejores cuentos de la literatura argentina y rioplatense.

"El Centro en movimiento", curada por Rodrigo Alonso, presenta fotografías, videoinstalaciones y performances en vivo, e invita por su diversidad estética a la apertura de los sentidos y la imaginación. Podrá visitarse de jueves a domingos en el CCK, Sarmiento 151 (Caba). La exposición pone de manifiesto la importancia de la acción como método para la creación o motivo en buena

parte de la producción artística argentina reciente. "En la selección buscó ser amplio, incorporar artistas de diferentes disciplinas como artes visuales, danza, teatro; de distintas regiones del país (Córdoba, Rosario, Mar del Plata, Tucumán) y generaciones, creadores que siempre trabajan con la performance y otros que lo hacen esporádicamente", explicó a **Télem** Alonso.



Fantasmas íntimos



→ NICOLÁS MAVRIAKIS

La vida de Horacio Quiroga estuvo signada por la muerte, la locura y el amor (como el título de su libro de cuentos), pero estos tres conceptos no aparecieron aislados sino entrecruzados hasta el trágico final.

Si la nacionalidad de Horacio Quiroga provoca todavía sorpresa entre quienes descubren que el famoso escritor "argentino" nació (y fue cremado) en Uruguay, las circunstancias de su muerte en Buenos Aires, en febrero de 1937, aún combinan particularidades tan literarias que los límites entre lo que verdaderamente pasó y lo que podría haber pasado se confunden. De hecho, ni el evento clave del suicidio con cianuro en su cama del Hospital de Clínicas se mantuvo ajeno a los efectos de internet, una selva virtual que Quiroga no llegó ni siquiera a imaginar, pero donde hoy se especula con una "segunda vida" según la cual, con la colaboración estratégica de Ezequiel Martínez Estrada, el autor de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* habría vivido oculto hasta 1960. Pero antes de llegar a eso, lo que fue estableciéndose alrededor de la muerte de Quiroga fue todavía más misteriosa.

Al antecedente de Ana María, su primera mujer, suicidada con una dosis de veneno que la mantuvo en agonía durante días—con su marido al lado, intentando evitar lo inevitable—, lo precedía el accidente fatal con una escopeta

de su propio padre, el suicidio posterior del padrastro, la muerte de dos hermanos y otro accidente—que provocó una investigación policial en Uruguay—en el que su amigo Federico Ferrando terminó con un tiro en la cabeza mientras Quiroga limpiaba su pistola (uno de los motivos por los que el escritor optó por mudarse a Argentina). La muerte, sin embargo, no se alejó después de 1937. Además del suicidio de sus hijos, también uno de sus grandes amigos, Leopoldo Lagones, recurrió al suicidio con cianuro, mientras que su amiga (y amante) Alfonsina Storni, atrapada por sus propios problemas de salud, se suicizó en el mar. Transformado en el centro de una constelación de muertes proyectadas hacia atrás y hacia delante, "el viaje sin retorno a la región de las tinieblas", como Elías Castelnuovo llamó al suicidio de Quiroga, incluyó una confesión inesperada a un "monstruo".

En tal caso, esa es una historia que empezó con la internación en el Hospital de Clínicas a finales de 1936, tras un largo preámbulo de dolores, consultas y diagnósticos relacionados a—como iban a terminar de confesarle los médicos al descubrir que se trataba de una fase terminal—un cáncer de próstata ("creo notar que cada tres días tengo una caída, voy a tomar un poco de quinina y observar", le escribió Quiroga en julio de ese año a su amigo Martínez Estrada, que a su vez le contaba en sus cartas sobre las "lagas más o menos atónicas" que brotaban en su piel). Después de los años famosos en la selva misionera y del vitalismo salvaje ante el que había contrastado los grandes triunfos técnicos y urbanos de la modernidad, aquellas maravillas sobre las que escribían fascinados en favor y en contra contemporáneos suyos como Ro-

berto Arlt y Jorge Luis Borges, el universo silvestre y descarnado gracias al cual Quiroga había construido buena parte de su obra y sin dudas también una reputación que cala atrás. El hombre de la barba repletísima que admiraba a Rudyard Kipling y a Edgar Allan Poe, y que había escrito que había que tomar de la mano a los personajes de un cuento; y "llevarlos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste", reposita, al fin, en las estrictas normas de la ciencia de su tiempo. Pero esas manos ya no iban a poder salvarlo.

Fue en ese momento que, abandonado por su segunda y última mujer, Ana María Palacio, a las visitas esporádicas de algunos amigos se sumó un descubrimiento insulto que Quiroga hizo de casualidad, mientras deambulaba a solas por la inmensidad del hospital. Internado de una manera casi clandestina—en los sótanos, para no espantar a los otros pacientes—vivía Vicente Batistessa, un enfermo de elefantiasis cuyos tumores le habían desfigurado la cara por completo y al que, por eso, habían apodado "el hombre elefante argentino", un homaje que partió del célebre "hombre elefante" inglés que

había trabajado en circos durante buena parte de su (breve) vida en el siglo XIX. Aquel encuentro inesperado entre Quiroga y Batistessa, dos hombres abandonados a la espera común de algún milagro, dio origen a distintas versiones de lo que pasó después. En algunas versiones surge una rápida amistad (ligeramente morbosa, considerando las preferencias literarias del escritor) a partir de la cual Quiroga solicita a las autoridades del Hospital de Clínicas que Batistessa sea trasladado a su misma habitación. Convertidos en compañeros de internación, además de amistad y consuelo mutuo Quiroga habría encontrado en aquel "monstruo" el último oyente de sus historias en la selva. Así es también como Batistessa habría llegado a convertirse en la única persona que conoció las decisivas intenciones suicidas de su compañero de habitación, e incluso en el único testigo directo de su muerte.

En otra versión, sin embargo, Batistessa abandona su vida en los sótanos y se convierte en un informante secreto de Quiroga, a quien los médicos ocultaban entre distintas pruebas quirúrgicas y dilaciones varias el diagnóstico definitivo sobre su cáncer. Recorriendo pasillos y salas, Batistessa pasó "oído hablar a los médicos" sobre el verdadero estado de su amigo escritor y le habría contado que ya no quedaba nada que hacer. Como fuera, una vez que Quiroga estuvo al tanto del diagnóstico, pidió permiso a los médicos para salir un rato del hospital, compró cianuro—desorientando al vendedor con una pregunta sobre el gusto de la sustancia—y en la madrugada del 19 de febrero se tomó el veneno con un vaso de agua (a solas y en la oscuridad de su habitación, según Castelnuovo, y acompañado por Batistessa, según otros). La posibilidad de que Batistessa se quedara en la selva bajo el nombre de "Ibare" o la aparición del espectro de Quiroga en su casa natal, acompañado del fantasma de Batistessa, son algunas de las historias que circulan en internet 80 años después de su muerte.



QUIROGA CON SU SEGUNDA ESPOSA MARÍA ELENA BRAVO SCHINABEL

LA MONUMENTALIDAD EN EL ARTE, SEGÚN NUSHI MUNTAABSKI

La artista plástica Nushi Muntabski ofrecerá el sábado una conferencia sobre la creación de obras de grandes proporciones en el Museo MAR de la ciudad de Mar del Plata, que desde hace dos meses exhibe en una de las explanadas su instalación monumental de doce metros de largo de "Los Viajes de Nushi". Muntabski se presentará el sábado a las 19 en el museo

ubicado en Félix U. Camet y López de Gomara, donde ofrecerá una conferencia gratuita titulada "El paso a paso de Los Viajes de Nushi, ¿Cómo se crea una obra de grandes proporciones?". La obra expuesta en el MAR representa a una mujer gigante acostada, cubierta por cerámicos y seccionada en una docena de rodajas que permiten ver su interior.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 16 DE FEBRERO DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ CARLOS ALETTTO

La construcción de un infierno personal

En tres de sus cuentos, el escritor se detiene para construir su idea de la vida de ultratumba. Como los clásicos Gilgamesh, Homero, Virgilio y Dante, el cuentista rioplatense imagina, con algunas singularidades, los espacios y los tormentos del más allá.

La madrugada del 19 de febrero de 1937, Horacio Quiroga decide suicidarse bebiendo un vaso de cianuro. El trago final acortaba el estrago físico que le provocaba una dolorosa enfermedad y, además, ponía fin al sufrimiento de su último desamor. Es conocida la vida trágica de Quiroga (signada por el suicidio de sus familiares y amigos) que no solo se puede ver en sus vastas biografías, sino también reflejada en el pesimismo y la agonía que las transmite a sus personajes.

En una serie de cuentos, que no son los más populares, Quiroga construye una idea del más allá donde después de morir (por lo general, luego del suicidio de sus protagonistas) sufren tormentos sentimentales en un espacio con otros muertos.

Hay tres cuentos en su obra donde la construcción del mundo de ultratumba son la clave y el argumento de estas historias: "El infierno artificial", "El síncopa blanco" y "El infierno artificial". En estos relatos las drogas o venenos son los pasajes del mundo de los vivos al de los muertos. Las historias están narradas por los propios personajes (salvo el cuento "El infierno artificial" que está en tercera



persona) y los protagonistas parecen vivir una pesadilla.

El típico del sueño y la muerte, utilizado por los escritores de los descendos al más allá o, también, en los pasajes de viajes iniciáticos, es una de las metáforas necesarias señaladas por Borges. Al desdeshar su pasado ultratumba, el autor de "Ficciones" dice que existen una docena, más o menos, de metáforas que se reelaboran frecuentemente en la literatura, entre ellas: muerte/sueño, mujeres/ flores, ojos/ muerte. La metáfora "sueño/ muerte" ha seducido a escritores y lectores desde tiempos remotos; ya los griegos decían que "llamamos al Sueño y a la Muerte hermanas". Así se

piensa bien, la escatología no es otra cosa que una gran y compleja metáfora de esta "hermandad": el Más Allá (Muerte) es metatizado como un lugar de visiones agradables o de pesadillas (Sueño). De esta forma, al construir su propio más allá, Quiroga entra en una larga tradición: la literatura no ha podido escapar a la permanente reelaboración de esta metáfora: Gilgamesh, la *Odisea*, numerosas tragedias y comedias griegas, Platón, Cicerón, la *Enéida*, los numerosos viajes medievales y frecuentes visiones cristianas que terminarían por configurar la *Commedia*, y a partir de esta, su escritura permanente.

La "metáfora" sueño/ muerte, es lo que permite a Quiroga crear estos cuentos: el lector no sabe si los personajes han pasado realmente al más allá o si el efecto es producto del ensueño provocado por las drogas que consumen antes del "pasaje".

En el cuento "Un infierno ar-

tificial", un sepulturero que aspira cloroformo se encuentra con una calavera, la cual en su interior tiene un pequeño hombre (un alma en pena) que habitó ese cuerpo, un cocainomano, que relata su trágica vida y su suicidio. El hombre sufre la tortura de su adicción que no lo abandona ni aun muerto. Esa es su condena: sigue pidiendo cocaína, suplicando por consumir esta droga, en ese limbo que habita, que es su propia tumba.

En el cuento "Más allá" una mujer cuenta, ya muerta, cómo pactaron suicidarse con su amante bebiendo veneno en una cama de hotel. Ambos toman esta determinación porque los padres de

ella le impedían vivir ese romance. Luego de morir, se visitan todas las noches durante tres meses incluso conviviendo con sus compañeros y visitando los lugares terrenales previos a su viaje a un más allá, el cual, aparentemente, los alejará (a pesar de lo planeado) para siempre. Como en el cuento "Un infierno artificial" la condena de estos fantasmas es repetir la historia que los llevó a suicidarse: no vivir juntos.

En "El Síncopa blanco" el protagonista narra el pasaje a otro mundo, luego de aspirar cloroformo, para ser sometido a una operación. En ese lugar se encuentra con una guía (que él llama "guardián") que lo orienta hacia el edificio que debe dirigirse lo que usan cloroformo mientras están siendo operados y otro edificio enfrente, el que le da el nombre al cuento, es para los que no regresan más a la vida. De los edificios salen fantasmas de todas las edades, un cocainomano, que relata su historia de amor y la vigilia es permanente, sobre todo en este cuento.

Quiroga diseña en estos cuentos una cartografía del más allá y una sobrevivencia de ultratumba a su medida. Abundan las drogas y los venenos, los suicidios, los pactos de amor y las tragedias amorosas. Las ánimas deambulaban como personas terrenales, por geografías que han recorrido durante sus vidas. Las condenas son repetir las mismas torturas que los llevaron a morir o quitarse la vida. Sobre todo, hay un espacio de locura, en "El infierno artificial" los personajes no son del todo conscientes que están muerto, y la vida de la perturbación, como el mismo Quiroga, quien hace 80 años eligió el mismo final que sus personajes, tras vivir el infierno que construyó en el transcurso de su vida.